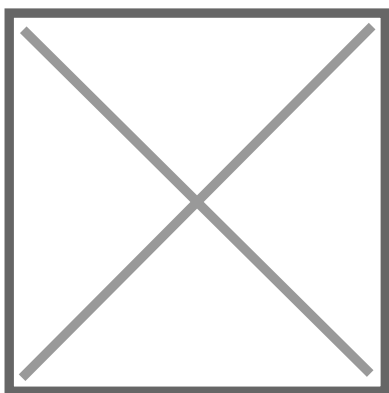




Citas

Es importante mantener una mente abierta, pero no tanto que se te caigan los nervios.

Guillermo A. Kallis, Jr.

Los hombres insiduosos que no saben qué hacer con su vida, suelen decir: «¿Qué tiene esta vida más infinita que la mía?»

Antonio Pizarro

Creo que he encontrado el estado perdido entre el animal y el hombre civilizado. Son unos monjes.

Norval Loretz

Solo una persona inepta vive siempre al máximo de sus posibilidades.

W. Somerset Maugham

Segunda es tener una esposa de más. Menosgusta es lo último.

Orson Wells

El primer humano que intentó a su enemigo en vez de tirarle una piedra fue el fundador de la civilización.

Sigmund Freud

Nunca he podido entender porque una persona se pasa días enteros escribiendo una novela, cuando puede comprar una por \$10.

Terri Allen

Cuando un castaño vuela, nadie se ríe si no lleva alas.

Dan Wells

Tengo gustos simples. Me satisfago con lo mejor.

Oscar Wilde

Para hacer una tarta de manzana, primero tienes que crear un Calvario.

Carl Sagan, Cosmos

Deje de creer en Santa Claus cuando tenía seis años. Mi madre que llevó a verte a unos grandes almacenes y no pudo del autógrafo.

Stanley Toppel

Los poetas, el hambre y la saciedad del hambre de los poetas

Entrevista suspendida. Había que describir me dice de comidas y cómo ellas, hincantes, se pasan por la literatura. De manera que ponemos mano a la tarea y le aquí lo que ocurre con el hambre y la saciedad del hambre que, primer hambre y primera saciedad, aquella que será igual hasta el final de los días. La mejor como manjar.

Y Norval, el buen Pablo, que canta:

Tengo hambre de tu boca, de tu voz, de tu piel
y por las calles voy sin
maquillaje, callado,
no me sustento el pan, el
alimento desquicia,
busco el sonido líquido
de tus pies en el día.

Estoy hambriento de tu
risa rebeldía,
de tus manos calientes
de feroces gremios,
tengo hambre de la pálida
piel de tus labios,
quiero comer tu piel como
una insana alondra.

Quiero comer el resaca
quemado en tu hermanera,
la nariz soberana del
arrogante rostro,
quiero comer la sombra
fugaz de tus pestañas
y hambriento vengo y
voy ofuscando el
crepúsculo
barandote, barandote
tu corazón caliente
como un puma en la
sombra de Quiruván.

Entonces por Norval es
casi de nula en la metáfora
alimenticia. Como, por
ejemplo, en "Tema mujer,
manzana carnal, luna
caliente, espeso aroma de
algas... beso a beso recorro
tu pequeño infinito, tus
márgenes, tus ríos, tus
pueblos diminutos, y el
fuego genital transformado
en delicia.

O cuando dice: "Mi
fra, eres una castaña des-
peinada... mi bella, son
tus besos frescos como
sándwiches."

San cobago, es en la
"Oda al caldillo de con-
grito", donde Norval encapa



de la sensibilidad radica-
cional del amor por esa y
otra mujer, y elabora la re-
ceta marginal. Poesía y re-
ceta que, le digo a usted y le
garantizo, puede ponerse
en práctica significativamente
a paso a paso para terminar
frente a un cuadro, cortan-
te, estremecedor caldillo.
Atámense con la picanteza
después de leer esta receta:
En el mar tormentoso
de Chile vive el resaca
congrito, gigante anguila
de nevada carne.

Y en las olas chilenas,
en la costa, nació el caldillo
grávido y saculento,
provechoso.

Y Pablo se nos viene
con la receta que, le mostro,
usted debe seguir con reli-
giosa fidelidad. Se viene el
caldillo:

Lleven a la cocina el
congrito desollado, su piel
manchada cele como un
guante y al descubierto
queda entonces el racimo
del mar, el congrito tierno
reducido ya desmenuado, prepa-
rado para nuestro apetito.

Ahora recogemos ajos,

acariciando primero ese mar-
fili precioso, huele su fru-
gancia iracunda, entonces
diga el ajo picado caer
con la cebolla y el tomate
hasta que la cebolla tenga

Chile, y a la mesa lleguen
recién casados los sabores
del mar y de la tierra para
que en ese plato se co-
nocan el cielo.

Cuanto que con la ma-
nra religiosa fidelidad que
acompaño, según los puntos de
la receta. Nunca hubo, co-
mo en ese día, saciedad
más completa, congrito me-
jado en caldo tan susten-
tivo, estremecedor de sa-
bores... y cierra un adje-
tivo.

Como se sabe, si de co-
mida y comedores se trata,
al lado de este Pablo el otro
Pablo, el tramante, el capar-
do amado hasta los dientes,
el iracundo, la furia. Pablo
de Rokka.

Y, ¿qué me dicen usted-
des de un costillar de
chanchito con ajo, picanti-



color de olor.

Mientras tanto se coe-
cen con el vapor los re-
gion camarones marinos y
cuando ya llegaron a su
punto, cuando cuajó el sa-
bor en una salsa formada
por el jugo del océano y
por el agua clara que des-
perdió la luz de la cebo-
lla, entonces que entre el
congrito y se sumerja en
gloria, que en la olla se
acorte, se contraiga y se
lupregue.

Ya sólo es necesario
dejar en el manjar caer la
crema como una rosa es-
pasa, y al fuego lentamen-
te entregar el tesoro hasta
que en el caldillo se ca-
lienten las esencias de

sino, arado en asador de
maqui, en junio, a las ri-
beras del prumo o la pato-
gusa.

Las pancutras se pa-
recen a las señoritas del
lugar: son acitadoras y
tienen los ojos dormidos,
pura, coquillas y rega-
lones, quitan la carita pa-
ra dejarse besar en la bo-
ca, interminablemente.

¡Ah! felices quienes co-
nocen lo que son las cari-
cias de mujer moresna y lo
que son los rellenos de ari-
zo de Tocopilla o charqui
de granado de Valdivia o
de Chaiarut.

El chicharrón de ulero,
comido por los carillanos

y los ferroviarios, se hace
presente encharinado, a la
carrera, clandestinamen-
te, en la chingana de la es-
tación surita, junto a los
pollo cocidos, bien ar-
dientes de aji cacho de ca-
bera y pobre chileno.

Será el chanchal tren-
zado, como caballero de
señorita, aburrido y confor-
table a la manera de un
mundo de vida, tierno co-
mo leche de virgen, lo co-
sacharemos de vacilla o
novillo o ternera joven.

Si usted se presenta
male de cuerpo, tómese
una gran chopera de ma-
drugada y frotése las ma-
nos de gusto, cómeselo en
ajúcar de sopapillas y el
trago bebalo puro y con
torrejas de manzana de la
más agri-acida que en-
cuentre, bíficos en charoli
fuerte y corajudo y váyase
a cochar esa cama al aire
mucho antes que la peli-
da le coque la espalda
contra la eternidad y el
pecho frente al cielo.

O coma luego con fierro
adentro, es decir, el aji
que come el pobre, quan-
do come, enjugándolo a
la cebolla agasada.

Comamos chocor azu-
des a la orilla del brase-
ro.

Si tiene mucha pena y
poca plata, tómese una
agüita de teronji con
aguardiente.

Así van los poetas, Pa-
blo y Pablo, concordiando la
creencia y la receta. Y así va
esta era de poeta asomado
que convierte a la mujer en
claro objeto de deseo:
"Quiera comerte, asar-
te, asarte, estrujarte en-
tre mis dientes. Quiera
amasar con mis dos ma-
nos y ponerte, luego, en
mi boca ansiosa de uvas y
manzanas. Quiera, no
sabes cómo quiera. Y si
un día te decides, te vienes
neciendo a mi cocina desde
espera la mesa puesta con
sábanas blancas."

Y no digo más, después
de haberlo dicho todo.

MARCO ANTONIO
PINTO

Los poetas, el hambre y la saciedad del hambre de los poetas [artículo] Marco Antonio Pinto.

Libros y documentos

AUTORÍA

Pinto, Marco Antonio

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los poetas, el hambre y la saciedad del hambre de los poetas [artículo] Marco Antonio Pinto.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile